

NATIVIDAD DE LA VIRGEN MARÍA
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
8 de septiembre de 2007
Rm 8, 28-30; Mt 1, 1-16. 18-23

Dios lo dispone todo para el bien de los que ama. Lo decía san Pablo en la segunda lectura. Y esta frase consoladora ha encontrado una confirmación en la genealogía de Jesús, hijo de María, que acabamos de escuchar en el evangelio. Aquella lista larga de nombres, hermanos y hermanas, no es, para los que creemos Cristo, una serie insignificante de nombres. Al contrario es una historia de amor por parte de Dios hacia la humanidad. Y es una historia de esperanza, de amor y de plegaria ferviente por parte de todos los hombres y mujeres de fe del Antiguo Testamento; pero, también a menudo, de infidelidad y de pecado por parte de bastantes personas que son mencionadas en la lista. Sin embargo, Dios lo continuó disponiendo todo en bien del género humano hasta que *el tiempo llegó a su plenitud y envió a su hijo nacido de una mujer* (Ga 4, 4), Santa María.

Por eso, entre *los llamados por decisión divina*, sobresale María, la esposa de José, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. El nacimiento de Santa María que celebramos hoy, pues, es el último eslabón antes de la plenitud que trajo Jesucristo. No es, sin embargo, un eslabón como los otros que remontan hasta David y hasta Abrahán. María es un eslabón del todo particular, muy radiante. Por su santidad es *la imagen viva* más excelente de Jesucristo. La única que por su cooperación total con la gracia divina ha respondido plenamente a la llamada, a la vocación a la cual Dios la había destinado; la única que ha acogido del todo la gracia que nos hace justos, que nos santifica; la única que ya ha sido plenamente glorificada en la gloria de Cristo. La fiesta de hoy nos presenta todo este plan de Dios sobre ella, a fin de que con ella demos gracias a Dios y lo magnifiquemos por las maravillas de que la ha hecho objeto.

Pero, además, la fiesta de hoy nos recuerda que el Hijo de María ha venido al mundo para ser *el primero de una multitud de hermanos*, entre los cuales está su Madre, discípula de él en la fe y hermana mayor de todos los creyentes en Cristo. Es grande, pues, el número de los *hermanos*. Como decía el Apóstol san Pablo son una *multitud*. Entre la cual, también entramos nosotros. Nuestra fe cristiana nos hace comprender que hemos sido llamados por Dios Padre, destinados por amor a ser imágenes de su Hijo Jesucristo, hechos justos por gracia, en el bautismo y el perdón de los pecados. El horizonte que se abre con el nacimiento de santa María es amplio, porque el Padre quiere reproducir *la imagen de su Hijo* en todos aquéllos que participamos de su filiación a fin de que lleguemos a ser *imágenes vivas* y acabadas de Jesucristo por una transformación interior progresiva. El bautismo, pues, nos ha conferido una santidad que, debido a nuestra fragilidad, tenemos que preservar y renovar constantemente, destinados como somos a participar de la gloria del Señor resucitado; entonces nuestro ser *imágenes vivas* de Jesucristo llegará a su plenitud y, por lo tanto, también nuestra filiación divina. El pensamiento de san Pablo va todavía más allá, nos dice que en cierto sentido ya hemos empezado a ser glorificados. Es así por la participación que tenemos en los misterios del Cristo por medio de la vida sacramental de la Iglesia. Por eso san León el Grande podía exclamar maravillado: "date cuenta de tu dignidad, cristiano," (Sermón 1 de Navidad, 3).

Santa María es la abanderada eminente de esta transformación en *imágenes vivas* de Cristo. Por eso hoy la Iglesia se alegra de Oriente hasta Occidente por su nacimiento, precursor de los tiempos nuevos y de la gracia copiosa que tenía que traer el Hijo de sus entrañas.

Por otra parte, la Iglesia tiene la misión de continuar en el tiempo la vocación de María. Y por eso nosotros sus miembros somos llamados a ser portadores de esperanza y de liberación en el mundo, para que los hombres y mujeres contemporáneos nuestros, sometidos como están a los vientos de tantas visiones contradictorias, encuentren un norte hacia donde orientar su vida; un sentido para su existencia; aquel sentido que deriva del designio divino de amor por cada persona. Nosotros, miembros de la Iglesia, tenemos que llevar la luz que viene de la Palabra bíblica que nos muestra como, a pesar del silencio y la ausencia aparente, Dios es activo y portador de salvación en medio de la humanidad, tal como lo fue en las generaciones anteriores al nacimiento de Santa María. Cada persona es conocida y querida por él; antes no empieza a existir, ya es llamada *a ser imagen viva de su Hijo*. Dios continúa disponiéndolo todo *para bien de los que lo aman*, de los que con fidelidad a su conciencia buscan hacer el bien y ser portadores de amor y de paz. Porque Dios, en su amor entrañable, está a favor de la humanidad, a pesar del Mal que hay en el mundo. Como la Madre de Jesús, seamos portadores de esperanza haciéndonos heraldos del evangelio y de la visión nueva que da sobre las personas y sobre el mundo.

Agradecemos, hoy, el don que ha sido para la Iglesia y para el mundo el nacimiento de Santa María. Agradecemos el don que es para nosotros y para tantos millares de personas, la presencia espiritual de la Madre de Dios en este nuestro Montserrat. Ella, por designio amoroso de la santa Trinidad quiso "nacer", hacerse solícitamente presente, para atraer a los peregrinos -y los que después de haber sido peregrinos, vivimos como monjes o como escolanes- hacia Cristo y hacerlos portadores de paz y de alegría. María nos invita a hacernos dóciles a la gracia que hemos recibido en el bautismo, dejando que el proceso de transformación interior que Dios ha empezado en nosotros sea continuo y progresivo. Tenemos, precisamente, un modelo para aprender y una intercesora eficaz en ella nuestra hermana mayor, en *la multitud de hermanos* que Dios ha llamado a ser *imágenes vivas de su Hijo*.

Ahora, en la Eucaristía, él vendrá a nosotros para continuar nuestra transformación y hacernos más semejantes a su imagen. Acojámoslo de manera que, aunque la voz y todo el aspecto exterior sean los nuestros, nuestro ser interior sea cada vez más el de Jesús y nuestro testimonio desprenda el buen olor de Cristo (cf. Gn 27, 22.27; 2C 2, 15).